

# La misión empresarial en el marco de un desarrollo económico sostenido

*Stephan Schmidheing*

**E**l presente trabajo<sup>1</sup> es una sólida defensa de la actividad empresarial y de sus potencialidades para la superación de la crisis económica latinoamericana. El autor analiza el contexto y las condiciones que son necesarios con miras a la consolidación plena de dicha actividad en el continente, tanto desde el punto de vista de su relación con el Estado como en lo que hace a las propias determinaciones microeconómicas.

\* \* \*

LA MISIÓN EMPRESARIAL DENTRO DEL marco de desarrollo de un país, está sometida como todas las demás funciones sociales, a un cambio continuo. En los años setenta y principios de los ochenta, la legitimación y los beneficios sociales de la actividad empresarial fueron puestos en duda fundamentalmente en amplios círculos por representantes de tendencias colectivistas. En los últimos tiempos la aceptación social de la profesión de empresario ha aumentado de nuevo marcadamente en todo el mundo.

Personalmente veo dos causas principales en esta evolución: en primer lugar, el sistema de la economía de mercado, que constituye las condiciones del entorno para el desempeño de la profesión de empresario, se impone ampliamente frente a modelos económicos colectivistas. En segundo lugar, los empresarios mismos han desarrollado considerablemente las características de su profesión y su misión social, a despecho de las protestas a que se veían sometidos.

Este artículo se ocupa de estos dos aspectos de la profesión de empresario. La primera parte, trata de las condiciones del entorno en el sistema de la economía de mercado y, la segunda, de la función y el cometido del empresario. Ambos aspectos se condicionan e influyen mutuamente. A este respecto, formularé al final unos cuantos postulados en forma de tesis para la evolución económica sostenible.

## *Las condiciones del entorno del Estado*

EN LOS ÚLTIMOS MESES se ha hablado mucho de un "cambio histórico". Aunque como coetáneo uno se ha moderado en la evaluación históri-

IV TRIMESTRE 1990

ca de los acontecimientos actuales, no debe caber duda de que a fines de los años ochenta se respondió válidamente a una pregunta que prevaleció toda una época del desarrollo económico y que, precisamente en América Latina, condujo a realizar experimentos arriesgados que tuvieron costosas consecuencias. Se trata de la cuestión de cómo debe organizarse la economía de un país para que genere la mayor creación de riqueza posible para el bienestar de la población.

El espectacular desmoronamiento del sistema comunista que vivimos en la actualidad, es sobre todo una consecuencia de su grave fracaso económico. El concepto de una economía planeada dirigida centralmente por el Estado, que representa una parte importante del programa político comunista, después de decenios de esfuerzo y a pesar de las repetidas tentativas de reforma ha demostrado ser absolutamente ineficaz para crear un desarrollo económico duradero. Varios factores son responsables de ello, como, por ejemplo, la lentitud de la burocracia, que se instituyó para planear y dirigir centralmente, y que se extendió por todo el Estado como una úlcera cancerosa, o la falta de motivación y de disposición de la gente para crear rendimiento, que debía hacer su prestación laboral bajo la coacción de una jerarquía nacional central.

Por fortuna, existen naciones que han organizado su economía según una idea fundamental distinta del concepto comunista. Ellas facilitan no sólo comparación en la competencia entre los sistemas, sino que representan también modelos probados prácticamente para los que quieren comenzar la reconstrucción económica.

Además, la economía de mercado no es un concepto definido en todos los detalles. En su calidad de orden liberal está en condiciones de transformarse y de renovarse, pudiendo adaptarse en ciertos aspectos a las circunstancias específicas de una nación y a los deseos y las ideas de su pueblo.

A los elementos necesarios e irrenunciables de la economía de mercado pertenece la toma de decisiones descentralizadas. Las decisiones de orden económico no serán tomadas por una institución gubernamental, sino por varias instancias independientes unas de otras. En primer lugar, figuran los *consumidores*, quienes con sus preferencias ponen de manifiesto la relativa escasez de bienes y servicios, constituyendo así la base para determinar los precios. Por consiguiente, toda la población interviene en la marcha de la economía, en proporción a su participación en el consumo.

En la economía de mercado, también la *producción* de mercancías y la puesta a disposición de servicios están organizadas descentralizadamente en forma de empresas autónomas, en las cuales, los seres humanos, el saber y la técnica, se unen de manera óptima para crear valores económicos adicionales.

Existen empresas de las más diversas especies, que se dirigen unas de otras en cuanto a la importancia, las estructuras de propiedad, etc. Con las necesidades cambiantes del mercado y las condiciones alteradas del medio ambiente, las empresas también cambian. Crecen, se fusionan, se reestructuran y, por último, una parte de ellas desaparece de un modo u otro, sobreviviendo sólo las más innovadoras y vitales.

Para que una economía sea próspera es importante que el proceso de creación, de crecimiento y de innovación de las empresas sea facilitado en lo posible. Dicho proceso no significa otra cosa que una optimización continua de las estructuras económicas y de su eficiencia. En la competencia de mercado, quien mejor podrá desarrollarse será el que en las condiciones dadas, pueda utilizar sus factores de productividad con la mayor capacidad de rendimiento o, dicho de otro modo, el que pueda hacer un determinado trabajo con el menor esfuerzo posible.

Una experiencia semejante cabe aplicarla también en el caso de la competencia, económica entre las naciones. La experiencia enseña que no sólo los bienes naturales y una población laboral grande son la base del éxito y el bienestar de una nación. La competencia entre las naciones produce efectos principalmente en el entorno de las condiciones que imponen los países para la economía. Las condiciones más importantes para conseguir un crecimiento económico sostenido y un resultado favorable en la competencia internacional, además de una población laboriosa, son: una política económica orientada hacia el mercado libre, una participación mínima del Estado en el producto social, instituciones gubernamentales que trabajen de manera eficiente y sean dignas de confianza, así como una infraestructura apta funcionalmente.

Aquellos países que se orientan por un programa económico semejante y por tales estructuras institucionales, imponiéndola frente a todas las oposiciones, ofrecen las mejores condiciones para la creación, el crecimiento y el desarrollo duradero de empresas. Con ello aumenta su atractivo para la inversión de capital nacional y extranjero. Un mercado que funciona bien obliga a las empresas a ser competitivas y, por consiguiente, productivas. El empleo productivo de los recursos hace posible una creación de riqueza óptima y, merced a ello, se encarrila un desarrollo positivo y amplio de la economía.

Los años ochenta son considerados como una década perdida para América Latina. Dejando aparte la opresiva carga de la deuda, esta pérdida ha tenido lugar, principalmente, porque las países latinoamericanos no han creado las condiciones políticas e institucionales para un desarrollo favorable de su economía. Las pocas excepciones, entre las que sobresale Chile, confirman desgraciadamente la regla habitual. Con demasiada frecuencia se ha abusado en América Latina de los conceptos de economía de mercado, democracia y liberalismo. Estos conceptos se utilizan sólo como pretexto para mantener las estructuras de intereses arraigados, de proteccionismo y de comportamientos mercantilísticos. Hoy en día ya no es necesario demostrar que un sistema económico es muy superior a todas las demás soluciones destinadas a salvar la crisis de América Latina. La cuestión ahora es cómo una Estado caracterizado por una forma de gobierno consuetudinariamente patriarcal e intervencionista, o incluso con rasgos totalitarios, puede hallar el camino hacia un orden constitucional moderno con una economía de mercado productiva. En la búsqueda de esa nueva senda, no merecen confianza, por lo general, las bases tradicionales del poder político y económico, pues, habitualmente han aprendido muy bien a utilizar el viejo sistema en provecho propio.

1 / Ponencia presentada en el simposio Fundes/II.D, noviembre 1990, Santiago, Chile.

No puedo ni quiero prescribir ninguna fórmula para un programa político en América Latina, sobre todo porque en cada país reinan condiciones distintas. Sin embargo, creo que mis compañeros de profesión, los empresarios, pueden y deben contribuir en gran manera a la creación de una economía liberal orientada hacia el mercado. De esto trata la segunda parte de mi ponencia.

### *La misión del empresario*

EL EMPRESARIO CUMPLE UNA IMPORTANTE FUNCIÓN en el sistema económico. Dentro del marco de su esfera de acción, constituye un elemento irrenunciable de la economía descentralizada. Con su trabajo participa creativamente en la estructuración de la economía. Mediante la orientación hacia el mercado y la competición acreditada, ayuda en su propio interés a emplear de manera productiva y eficiente los recursos del país, sirviendo a la innovación y contribuyendo al desarrollo continuo ulterior de la economía.

La tarea fundamental del pequeño y gran empresario reside en el ámbito microeconómico. Estructura y dirige el "microcosmos" de su empresa como fragmento de un todo que es la economía. A su vez, él está sometido a un sinnúmero de circunstancias e influencias que debe estudiar al tomar decisiones y que limitan su campo de acción: la legislación gubernamental, los clientes, los colaboradores, los accionistas, la opinión pública y otras muchas.

Siguiendo la tradición, el empresario siempre ha reaccionado de manera fundamentalmente receptiva a las influencias procedentes de su entorno. Ha tratado de aprovecharlas cuando redundaban en su beneficio y ha intentado evitarlas siempre que las consideraba contraproducentes. Pero, en primer lugar, ha buscado aprovechar y extender su campo de acción empresarial. Por lo general, sólo se ha ocupado de política cuando ésta ha afectado sus propios intereses, prefiriendo intervenir en la opinión pública sólo en circunstancias favorables. El empresario se ha considerado como un "homo-economicus", su labor y su éxito se han definido siempre en números, su responsabilidad ha acabado en el límite de su esfera de influencia en la empresa y la norma definitiva de su tarea ha sido el "bottom line profit".

Sin embargo, en los últimos años, empresarios activos en grandes negocios y, especialmente, con extensión internacional, se han visto envueltos cada vez más en discusiones que no correspondían a su ámbito tradicional. Así, el empresario en competencia con los distintos sistemas económicos, fue invitado a exponer y cimentar el significado y la legitimación de su función en la vida económica. Ultimamente se ha estimulado a empresarios a que contribuyan a llevar a cabo una reorientación del desarrollo económico hacia un crecimiento sostenido. Por lo general, en la sociedad de comunicación se espera que el empresario cumpla con su responsabilidad en el continuo diálogo con su medio ambiente.

Una cosa es clara: el esfuerzo del empresario por una política económica orientada realmente hacia el mercado (lo cual quiere decir orientada

competitivamente), destinada a instituciones eficientes, dignas de confianza y previsible, con garantías constitucionales democráticas y controles, representa una condición importante en el buscado campo de acción empresarial del pequeño y el gran empresario.

De otra parte, deseo exponer un aspecto que determinará de modo creciente en el futuro el desarrollo de los países latinoamericanos y también la función empresarial. Se trata de la necesidad de armonizar el crecimiento económico con las leyes de nuestro medio ambiente natural.

Mientras se disponía de cantidades casi ilimitadas de aire puro y de agua limpia, de energía y de materias primas, y se tenían grandes posibilidades de depositar desperdicios de toda clase, la atención por el medio ambiente no fue tema político importante. Esta situación ha cambiado fundamentalmente en unos pocos años. Los graves perjuicios causados a la naturaleza se han tornado incalculables y ello en los cinco continentes. Por consiguiente, no es necesario poner ejemplos, pues todo aquel que no practique a propósito la política del avestruz, es hoy testigo de la destrucción de la naturaleza.

Hasta hace poco tiempo, la protección del medio ambiente concordaba con la preservación, "conservación", del ambiente natural y de especies naturales. La expansión de la civilización humana ha sido considerada sencillamente como la destrucción de la naturaleza. Las limitaciones y las prohibiciones impuestas al desarrollo económico, han sido los requisitos inevitables de ese modo de ver enfocado a la sociedad de abundancia de los países industriales ricos.

Sin embargo, una perspectiva global tiene que considerar las necesidades de los seres humanos en los países en desarrollo y sus intereses legítimos de mejorar su nivel de vida. Los objetivos económicos han de corresponder con los de la protección del medio ambiente. De esta consideración nació la idea del "desarrollo sostenido", el cual deberá hacer factible que la actual generación satisfaga sus necesidades sin destruir las posibilidades de las generaciones futuras.

Este concepto, considerado como objetivo, es sencillo y convincente. Acepta y combina los deseos del desarrollo económico y de la protección ambiental. Pero cuanto más sencillo es el concepto, más difícil es su puesta en práctica, ya que gran parte de nuestra industria y de nuestras costumbres de consumo dependen de la "depletion and pollution" de la naturaleza.

Deberemos cambiar estos comportamientos fundamentalmente. Dicho de una manera más sencilla, se trata aquí de reducir el consumo de materias primas y de energía, de hacer que los procesos de producción sean más "limpios" y más eficaces, reciclando gran parte de los desechos. Esto significa, en primer lugar, gastos adicionales, pues "depletion and pollution" a corto plazo a menudo resulta más barato. Este es sólo el caso mientras el consumo y la destrucción de los recursos naturales no tengan precio. Pero, como todos sabemos, a la larga esto no podrá continuar así.

Personalmente siento cierta comprensión cuando en los países en desarrollo, se pide que las naciones industrializadas hagan primeramente que su economía sea compatible con el medio ambiente, pues con la cuarta parte

de la población mundial consumen tres cuartas partes de la energía y de las materias primas del globo. Los países en desarrollo, se argumenta, no disponen de los medios necesarios para proteger su medio ambiente y el incremento del nivel de vida debe tener la prioridad.

La comprensión personal de esta actitud no cambia en nada el hecho de que sea el resultado de una perspectiva a corto plazo y que no sea sostenible a largo plazo. Cuando hablamos del desarrollo del Tercer Mundo, en general comprendemos —mutatis mutandis— que se trata de la transmisión y la aplicación de experiencias de países industrializados. Pero esto no puede ni debe significar que los países en desarrollo aplican modelos que en el interín se han revelado como fallidos. A consecuencia de las altas cifras de población, así como la constante aceleración del progreso, los deterioros ambientales en los países en desarrollo serían mayores si cometieran las mismas faltas que los países industrializados. ¿Podría en el futuro representar una gran posibilidad para los países en desarrollo, beneficiarse de los errores en que han incurrido los países industrializados?

Ya en un próximo futuro un medio ambiente intacto representará una importante ventaja competitiva internacional, cuando grandes partes de nuestro planeta hayan alcanzado el límite de la capacidad de sobrecarga de la Naturaleza y muchos países deban hacer frente a las costosas consecuencias correspondientes. Mantener esta ventaja deberá ser dentro del marco de un programa de desarrollo económico, el objetivo primordial de los países latinoamericanos. En un tiempo no lejano, la protección de los recursos naturales también dará sus frutos económicos, pues la creación de bienestar mediante el consumo y la destrucción de recursos naturales sólo sería una solución eficaz a corto plazo.

En la demanda de un desarrollo sostenido del Tercer Mundo adecuado al medio ambiente, no se trata sólo de aplicar las más modernas tecnologías no contaminantes, desarrolladas con frecuencia en los países industrializados para eliminar los daños producidos. Se trata más bien del propio desarrollo de formas de civilización e industrias adecuadas al medio ambiente en las condiciones específicas que reinan en los países en desarrollo, donde a pesar de que el capital es escaso, la mano de obra es muy abundante.

Cabe esperar que los años noventa sean prósperos para América Latina, no sólo desde el punto de vista económico sino también que sea un decenio innovador desde el punto de vista del medio ambiente. Una década que pueda crear una nueva base para la capacidad competitiva internacional podría llegar a ser absolutamente un fundamento con el que ese Continente, tan rico en potencial humano, extensión, naturaleza y materias primas, tuviera una gran ventaja frente al resto del mundo, siempre que tal ventaja se conserve y se utilice de forma conveniente y sostenida.

Los empresarios pueden desempeñar un importante papel en ese proceso innovador de América Latina. Pueden contribuir de diversas maneras a que el Estado cree las condiciones del entorno adecuadas, con el fin de que los empresarios estén dispuestos a invertir en el desarrollo futuro duradero en consonancia con las circunstancias locales. Pero, por su parte, también tienen que desarrollar modelos para un crecimiento sostenido a nivel microeco-

nómico. Esto implica tener una visión a largo plazo, que no se oriente sólo hasta el próximo dividiendo trimestral sino que también influya las posibilidades de las generaciones venideras.

Este modo de pensar y de actuar, muy familiar en el ámbito de la vida privada, debería impedir que la naturaleza continúe siendo sacrificada sin consideración alguna para mejorar a corto plazo el nivel de vida. Los empresarios que inviertan en el futuro con base en los conocimientos disponibles actualmente deben demostrar en los planes y cálculos, no sólo la "feasibility" sino también la "sustainability" de sus proyectos. Los vencedores del futuro serán quienes ya hoy inviertan con este fundamento y, por consiguiente, emprendan algo creativo por iniciativa propia, a lo cual se verán obligados también los demás en un tiempo no lejano.